

to que se le debe á la calidad de mi persona, pues ya os consta mi regia sangre y título que poseo. Ir sirviendo en este camino á la beldad de vuestra hija es para mí uno de los mayores favores que me podeis hacer, y así acepto cuanto me ofrecéis con mucho gusto. Trataron del modo que habian de continuar aquel camino, y el Marqués allanó con don Pedro Gil que habia de asistir en él, cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo quedó el Marqués de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogeria litera, como él la llevaba, ó que no fuera. Esto concertado, el dia siguiente don Pedro puso en la litera á Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase, valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta que entró en Valladolid. Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternizas como de donaires, entretuvieron á la hermosa dama mucho, exagerándole á su padre en cada posada á que llegaban lo divertida que habia venido aquel dia con don Pedro Gil de Galicia.

La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecia el casamiento en que estaba capitulada, y así, buscando conversacion á propósito, en que no fuese esto traído por los cabellos; como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunican á menudo, aunque conocia el sugeto de don Pedro Gil, á la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado, le respondió: Señor don Pedro Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser armado; mas hallo contra mí una condicion en él, tan inclinada á tratar con varias mujeres, sin reparar en estados, sean altos ó bajos, que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera á haber en él enmienda despues que me ha visto en España, pues esto le habia de poner freno, para que con mas veras fuera amado de mí: Dios sabe con el temor que tomé estado; porque quien en los principios halla estos tropiezos ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace no salir un punto de su gusto; ya me he determinado: lo que hago es rogar á Dios que mis agasajos le obliguen para que con el conocimiento de ellos él se reforme. No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con menos gusto, para que su introduccion hallara mas esperanza que las que se prometia. Hablóla en esto muy á su propósito, abonando la parte de su primo con decirle que podia esperar en él enmienda, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretension, declarándose con la dama en la primera ocasion que se ofreciese. Con esto llegaron ese dia á Valladolid, saliendo Leopoldo á recibir media jornada antes de su llegada. Fué recibido del Marqués y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pedro de poco; porque viendo el buen talle y persona de Leo-

poldo, le causó no pocos celos é hizo titubear en la empresa.

El Marqués dió á conocer la persona de don Pedro á su sobrino de esta suerte. Conoced, señor sobrino, á este caballero que nos viene desde Galicia favoreciéndolo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido á la real sangre de donde descende y á ser conde de las Legumbres: estado tan dilatado, que en cualquiera parte tiene vasallos que le obedecen. Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su traje como del nombre y título infirió que aquel personaje era hombre de humor y que como á gracioso le traian consigo; y así, por convenir en su presencia con lo que su tío le habia dicho, se volvió á don Pedro, á quien dijo: Mucho me he holgado, señor Conde, de conocer á vuestra señoría, y mucho mas de que venga haciendo este favor al Marqués, mi señor, y á mi prima; con los dos me ofrezco por su servidor y amigo, que hasta haber estimado su persona y partes para que yo les imite. Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacia, y así le dijo: Todo lo que tocara á la hermosa Margarita debo tener en mucha estimacion; esta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupeis en vuestro servicio todo el tiempo que el señor Embajador gustare que le esté asistiendo en su casa. Qué ¿ese bien mas tenemos? replicó Leopoldo; yo quedo con esto gozósimo, pues tan de puertas adentro nos viene. No sé cómo le tendréis por tal, dijo el Marqués, porque el señor don Pedro Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que despues que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con ese viene favoreciéndola. Así es, dijo don Pedro, para que no tengais recelo ninguno; que á no asegurarnos de esto, pudiérais tener alguna inquietud, y no solo vos, mas el mismo Narciso, que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita. Ese conocimiento me queda, dijo Leopoldo, en lo poco que ha que os he visto; y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera. Con esto llegaron á la corte, donde al apearse el Embajador en sus casas, halló muchas señoras que estaban aguardando á su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los celos. Aquella noche hubo una espléndida cena, en que cenaron cuantos se hallaron allí á su recibimiento: fué prevencion del galán Leopoldo, comenzando desde este dia á mostrar sus finezas. Posaba este caballero dentro de la casa del Embajador, y tambien don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de jugar, porque de aquel modo queria entretenerse á sí y á la corte con don Pedro: él se fué á acostar despues de cena, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podria salir con ella, cuando de por medio habia tantos empeños, y el mayor el ver la resolucion de Mar-

garita en obedecer á su padre, aun conociendo la condicion de su primo. No le animó mucho su criado Feliciano, antes le reprendia su determinacion, pues se habia expuesto á aparecer truhan en una corte por lo que no habia de alcanzar: en varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro á que en declarándose con Margarita, si no era de ella bien admitido, volverse á Galicia.

Seis dias continuaron las visitas de los caballeros y damas, con quien el Embajador y su hija se comunicaban, y en todos ellos sazón sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles á todos en mucha gracia, celebrando cuantas decia, con que corrió la voz por la corte de que era el mas entretenido bufon que en ella habia entrado. Aconsejaban algunos al Embajador que le llevase á palacio, porque le aseguraban que el Rey gustaria mucho de él: vino á oídos de don Pedro, y enojóse mucho, diciendo que los señores como él, que tenian por dudoso el agasajo debido á su autoridad y sangre que el Rey le haria, no habian de ponerse en ocasion de tener despus sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el Embajador disgustarle viéndole rehusar esto, librando el convencerle para cuando estuviese sazonado.

## CAPITULO XIV.

Da fin el ladrón á la novela de *El conde de las Legumbres*.

Habian caido enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos, y aunque pudo abstenerse de su condicion, en tiempo que debia andar ajustado por contentar á Margarita, no miró á esto, sino á seguir su gusto, y así le pareció salir de noche, acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos para fiar su seguridad de él; llevóle consigo tres ó cuatro noches á una casa, donde salia muy á deshora de ella; aunque entraba allá Feliciano, no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa hasta la tercera ó cuarta noche que asistió allí, y hallándose con una criada, que deseó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano, la preguntó cuya era aquella casa y quién la dama del empleo de Leopoldo.

Con amor mal se guarda silencio; era criada, y con esto está dicho que diria cuanto le fué preguntado; de su informacion sacó Feliciano que aquella casa era de la tia de su dueño, y su hermana la dama que Leopoldo gozaba, con palabra que primero la habia dado de casamiento, y proseguia en esto porque su gran retiro la tenia ignorante del casamiento que Leopoldo tenia capitulado con su prima. Sabido esto por Feliciano, lo trasladó á la noticia de su dueño esotro dia, de que don Pedro quedó tan absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo, con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza, viendo que por aquel medio le facilitaba mas su empresa, pues era cierto que viviendo él é igualando en sangre á Leopoldo, no habia de consentir que con otra se casase sino con su hermana, á quien debia su honor. El medio

que tomó para ver la resulta de este empeño fué que Feliciano dijese á la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes para que ella diese copia de esto á su hermana, aguardando lo que haria sabiendo su agravio. Hizose así como lo dispuso don Pedro, y á la siguiente noche, que ya doña Blanca (así se llamaba la hermana de don Pedro) tenia sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba á piés juntillas el estar capitulado ni tratar de casarse con su prima, y así procuraba satisfacer á doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el dia siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió á Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fuése con propósito de no volver á verla tan presto, fingiéndose indispuesto. Supo esa misma noche don Pedro, de Feliciano, todo cuanto habia pasado entre doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con tanto engaño; quiso se pasasen dos dias, hasta ver qué era lo que su hermana hacia, mandando á Feliciano que estuviese á la mira de todo.

Esotro dia de la satisfaccion de Blanca, ella con la rabia de los celos no tuvo sufrimiento para esperar á mas, y quiso saber su agravio de buen original, que fué de la boca del Marqués; tomó un coche, y yendo de embozo, se fué á su casa en tan mala ocasion, que habiendo llegado á los corredores de ella para hacer llamar al Embajador, se encontró con Leopoldo, el cual conociéndola, en breve se le ofreció presumir á lo que venia, que era á dar cuenta al Embajador de su casamiento y á mostrarle la cédula; y era así como lo imaginaba, que doña Blanca se dió por satisfecha de Leopoldo al cargo que le hacia de casarse con su prima, con ánimo de acudir el dia siguiente á saber del Embajador todo esto. Recibióla Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo mas su sospecha; díjola que le importaba hablarla sobre cierta cosa, y para eso que sería cómodo puesto un cuarto separado del de su tío; porfiaba Blanca que antes que la hablase habia de estar con el Embajador, y esto defendia Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísima en ver un pliego que le habia venido de Alemania, enviado del César. Tanto la persuadió á que le habia de hablar antes que ella al Embajador, que quiso por entonces Blanca darle gusto á Leopoldo; y así, el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pidiéndole que tuviese allí aquella dama mientras él volvía á hablarla, en asegurando á su tío y prima; como Blanca estaba de embozo, no la conoció don Pedro, aunque se sospechó, por lo que habia sabido, que era su hermana; tampoco Blanca conoció á su hermano, porque el traje que vestia era singular, y además de esto traia anteojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro á su conocida hermana, y dejándola en su aposento cerrada, volvió á buscar á Leopoldo, para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él

se ocupó un largo rato con su tío, y así no pudo salir, con que envió á decir á don Pedro que entretuviese á aquella señora por un rato, diciéndola en disculpa suya que precisa ocupacion le estorbaba que no viniese tan presto, pero que no podría tardar. Entró don Pedro en su cuarto, cerrándose por dentro para verse á solas con la dama. En tanto Margarita habia sabido que su primo habia hablado con una embozada en el corredor y pedido á don Pedro que la llevase á su cuarto, y apasionada de celos, quiso saber quién era, con la ocasion de poderlo hacer muy á su salvo por una puerta que de su cuarto iba al de don Pedro, de quien tenia la llave; hizo así, abriendo muy quietamente por no ser sentida; esto fué á tiempo que don Pedro entró en su cuarto, y pudo hallar sin embozo descuidada á su hermana, que aguardaba á Leopoldo, bien segura que podría ser vista de otro. Luego que la conoció, sin dar lugar á que echase sobre el rostro el manto, la dijo estas razones:

Mujer indigna de la noble sangre que heredaste de tus antecesores y de llamarte hermana mia, ¿es posible que, olvidada de las obligaciones que te corren, confiada en una leve palabra, vengas tan en oprobio tuyo á esta casa á renovar la infamia que has hecho, á rogar á quien te olvida, á persuadir á quien con falso modo te engaña? Si llevada de tu ciego amor querías este empleo, deudos tenias para comunicarlo con ellos, antes que cegarte y entregar tu honra á quien te ha de tratar con tanto desden, pues esto se verifica en sus acciones, si bien lo adviertes, pues cuanto mas finezas te miente, trata de casarse con su prima; que vivas tan enamorada, que cuando toda la corte sabe este empleo tú sola lo ignores. Si no mirara al lugar adonde estás, con este acero procurara acabar con tu vida, para que fuera escarmiento á otras; ¿tan ajena vives de la obediencia de nuestra tia, que has dado entrada en su casa á Leopoldo? ¿Tú habias de poner en contingencia tu honor, igualándole en sangre y calidad? Dicha ha sido tuya llegar en esta ocasion á esta corte, aunque en el ridículo traje en que me ves, para procurar con todo cuidado que Leopoldo no se burle de tí. Dime, fementida Blanca, lo que hay en este empleo para que se ponga remedio en todo, y esto sin desdeñr de la verdad, pues te va en ello no menos que la honra y la vida.

Estas razones oia la afligida doña Blanca con los ojos puestos en el suelo y vertiendo de ellos hermosas perlas: tal se podian llamar sus lágrimas. Estaba tal la pobre dama, que no acertaba á pronunciar razon alguna; mas á persuasion de su hermano, en breves razones le dijo cómo en una fiesta la vió, y aficionado de ella, supo su casa, la paseó y envió papeles, y continuando el servirle con amantes finezas, pudo merecer tener entrada en su casa; y dándole palabra de casamiento por cédula que allí traia firmada de su mano y con testigos, llegó á sus brazos. Finalmente, la dama le dijo á su hermano cuanto habia, y él por no afligirla mas, la dió buenas esperanzas de que acabaria con Leopoldo que le cumpliese la cédula. Toda esta plática habia escuchado la hermosísima Margarita por la puerta que de su

cuarto venia al de don Pedro, y admiróse extrañamente de que persona calificada como don Pedro, segun inferia de sus razones, no falto de juicio, sino muy con él, se hubiese puesto en astillero de juglar, pasando plaza de tal en su casa y en la corte; ignoraba la causa de haber hecho de sí aquella trasformacion, si bien le dió alguna sospecha que ella podría haberla dado; por otra parte, consideraba el doble trato de su primo Leopoldo, pues trataba casamiento con ella, habiendo dado cédula y palabra á aquella dama tan principal; por salir de una y otra duda no quiso estar oculta escuchándoles, y así, salió de donde estaba, á tiempo que ni doña Blanca tuvo lugar de embozarse, ni su hermano de disimular su enojo; pero cobrándose algo, dijo: ¿Qué celada ha sido esta, portento de la hermosura, dueño de mi alma y gobierno de mi albedrío? ¿Traiciones haceis con quien hallais descuidado? No de esa belleza tales sucesos, que será acabar la vida con un gozo, como otras se acaban con un pesar. No haya disimulos, señor mio, dijo Margarita, que ya sé que no sois lo que publicais, y que el pesar que os aflige pedía mas sentimiento á solas que donaires en público; mi curiosidad, con una punta de celosa, ha descubierto en vos fondos de lo que manifestais, y en Leopoldo, mi primo, mas cautela de la que prometian sus mentidas finezas; de una vez quiero salir de la confusion en que estoy, declarándose este enigma vuestro, que así le juzgo, hasta hallar su solucion en vos; mas antes que esto yo sepa, conviene que esa dama, hermana vuestra, se pase á mi cuarto, diciendo vos á Leopoldo que de verle tardar tanto se fué con despecho de aquí, sin ser posible el detenerla, y dejadme despues hacer á mí. Llevóse consigo á doña Blanca, agasajándola, con que la animó á esperar mejor suceso en sus cosas del que se habia prometido en el desden de Leopoldo y la indignacion de su hermano. Dejó Margarita á Blanca en compañía de sus criadas, y volvióse donde estaba don Pedro, el cual, si bien al principio se alteró con su vista y saber que habia oido la deshonra de su hermana, se holgó despues de que sus celos y curiosidad hubiesen descubierto el rebozo á su disfraz, y hallado el desengaño de su primo. Pues con la venida de la hermosa Margarita don Pedro se alegró mucho, y así lo manifestó su semblante; ella le mandó tomar una silla, y haciendo lo mismo, comenzó su plática de esta suerte: Estoy metida en tantas confusiones de poco tiempo á esta parte y con tanto pesar del término doblado de mi primo, que vengo á consolarme con vos y á que me descifreis muchas cosas que hallo oscuras para mí: una es el veros remoto de esta corte, conocido fuera de ella por hombre falto de talento; otra, que como juglar y hombre de entretenimiento, os hayais introducido en parte donde teneis prenda, y mas de tantas partes, como la señora doña Blanca, vuestra hermana, debiendo mirar, si sois el que sospecho en la calidad, os afrentais con daros á conocer por truhan y hombre ridículo, así en el traje que vestis como en los donaires con que entreteneis; el haberos puesto en esto es por gran causa, esa deseo

que me digais, porque yo salga de muchas dudas en que estoy.

Calló con esto la bella Margarita, y don Pedro para satisfacerla dijo así: Hermosísima señora, no ignoraréis, aunque no lo hayais experimentado, que amor es poderosa deidad, y que como tal, no hay humano sugeto que, si se vence de su pasion, no busque modos, invente trazas é investigue caminos para remediarla; este alado dios, á quien han rendido vasallaje cuantos sus poderosas razones han sentido, hirió con una mi pecho, viendo vuestra divina hermosura cuando pasó por Villafranca, patria mia; fuí informado de quién érades, el estado que esperábadas tener, con mucho gusto de vuestro padre, aunque poco vuestro, por conocer la condicion de Leopoldo, que verifiqué con oirlo despues de vuestra boca; animóme esto, aun estando tan adelante el consorcio, á emprender esta empresa por el camino extraordinario que habeis visto; pospuse mi autoridad, calidad y noble sangre, haciéndome hombre de humor con la quimera que habeis oido, para que esto me introdujese con vuestro padre y con vos; ha sido mi dicha tal, que pude conseguirlo, si bien vuestro respeto enfrenó en mí el declararme con vos, temiendo que no habiades de darme crédito y ser en tiempo que vuestras bodas están tan adelante; la desdicha de mi hermana y vuestros celos han sido causa de que oigais de mí que soy don Pedro Osorio de Toledo, caballero calificado y de las dos casas de Villafranca y Astorga; hónrame el pecho la militar insignia de Alcántara, dada por muchos servicios hechos en la guerra, con esperanzas de encomendar presto. Mi estado os he dicho, mi atrevimiento tambien; por último, os pido perdon, disculpando amor y vuestra divina beldad este yerro, que ha dado motivo para vuestro desengaño, y mi dicha haber sucedido la facilidad de mi hermana, quien la tiene á cargo su honor le cumplirá su palabra, ó yo perderé la vida sobre ello.

Admirada dejó á Margarita la relacion de su disfrazado amante; y puesta en obligacion de favorecer y estimar su fineza, lo cual iba ya haciendo, ofendida como desengañada con el proceder de su primo, lo que le respondió fué: Señor don Pedro, con leve causa, como es mi poca hermosura, os dispusisteis á empeño tan grande contra vuestra opinion y sangre; yo estimo la fineza, si bien os disculpo, pues vuestras partes eran dignas de mayor empleo que el mio. Yo he sentido la poca estimacion que de mí ha hecho mi primo, y así le costará el perderme, si bien creo que quien teniendo tan adelante su boda no desistia de sus gustos, daba á entender con esto que no era el suyo de casarse conmigo; bien me ha estado el desengaño antes de haber enlazado el nudo que no se puede desatar sino con la muerte; habré conocido del todo su condicion y su poca fineza, como conoceré la vuestra, no me olvidando de lo que os debo. A sus piés se arrojara don Pedro á besárselos, si Margarita le diera lugar; agradeció con muchas sumisiones el favor que le hacia y prometia hacerle; lo que los dos determinaron allí fué lo que ade-

lante se sabrá. Fuése Margarita á agasajar á su huésped y á poner en ejecucion lo que con don Pedro habia consultado. El enamorado caballero aguardó á Leopoldo, el cual vino de allí á media hora que su prima se habia retirado á su cuarto, preguntó á don Pedro por la dama de que le dejó en guarda, y la respuesta que dió fué que viendo su tardanza se habia ido, sin bastar persuasiones suyas á detenerla. Bien me ha estado el tardarme, dijo Leopoldo, pues ha resultado de esto cumplirse mi deseo, que era ver fuera de esta casa á esa mujer que ha dado en perseguirme; no he tenido poca dicha en que no se haya encontrado con mi tío, que tuviera muy mal rato con él á hablarle. Algunas preguntas le hizo don Pedro con su acostumbrado donaire para sacarle mas; pero Leopoldo no se declaró del todo, si bien para don Pedro ya estaba entendido su pensamiento; y era tanto el enojo con que estaba de ver el desprecio que hacia de su hermana, que fué mucho abstenerse de manifestarlo con la espada en la mano.

Ya Margarita habia vuelto á verse con Blanca, de quien mas dilatadamente supo sus amores, y los verificó la cédula de casamiento que la mostró, dejándola de nuevo admirada el doble proceder de Leopoldo. Envio Margarita á llamar á su padre, y teniéndole en su presencia, á solas le dijo: Siempre fué buena razon de estado en los padres el casar á sus hijas con su gusto, pues un empleo que ha de durar toda la vida no es bien que sea sin voluntad; muchos fian en que las condiciones de los hombres se mudan con la mudanza de estado, y son pocas las que con él tienen enmienda; y así hace mucho de su parte quien con esta obediencia cierra los ojos á aventurarse, y mucho mas quien en su empleo tiene vistas premisas de cuán malo ha de ser. Mi obediencia nunca reparó, señor y padre mio, en cumplir con tu mandato, aunque conocí en mi primo Leopoldo condicion tan adversa á la mia, que ella me estaba prometiendo disgustado empleo; obedecí conociendo que otros pudieran serme mas de gusto, no inferiores en calidad ni riqueza; vi en tí deseos de que estas bodas se hiciesen. Despachóse á Roma, despues de capitularlas, por la dispensacion; y cuando en mi primo habia de haber mas amor y mas fineza para conmigo, procede con diferente modo, pues ha dado palabra de casamiento á una dama que veréis presto en vuestra presencia. Entonces llamó á doña Blanca, á quien habia dejado en su aposento, la cual salió adonde estaba el Embajador y su hija. Tomó silla con los dos, y prosiguió Margarita, diciendo: Esta dama es, señor, á quien digo que mi primo dió palabra de casamiento por escrito, y con esto le debe su honra; trae consigo la cédula que le hizo, y queriendo hablarte para darte razon de lo que pasaba en su ofensa, fué vista de Leopoldo, deteniéndola que te viese, y encerrándola en el cuarto de nuestro huésped; y esto pudo llegar á mi noticia, y con un poco de curiosidad, por la puerta que de mi cuarto va á él, pude escuchar una plática en que he sabido todo esto; salí por esta dama, y hela traído á mi cuarto para darte noticia de lo que me has oido.

La calidad de esta señora es mucha, porque es Osorio y Toledo, descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta á sus deudos, que los tiene en esta corte muy notables, para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como á padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque antes tomaré un hábito en el mas estrecho convento de esta corte, donde acabaré con mi vida, que yo sea esposa de mi primo.

Quedó el Embajador admirado con lo que oía á su hija; vió la cédula hecha á doña Blanca, convencióle la razon que tenia en poner por ella impedimento á las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aun al sobrino, para que no vieses juntos desde aquel día. Hizo retirar las dos damas, y mandó llamar á Leopoldo, y venido á su presencia, le mostró la cédula que hizo á Blanca, diciéndole si conocia aquella letra. El, turbado y perdido el color, comenzó á negarlo, mas el Embajador le dijo que no lo hiciese, porque con muchas cartas suyas le comprobarían ser una misma firma aquella y las otras. Confesó últimamente Leopoldo que ciego de afición habia hecho aquello, pero que no pensaba cumplir la cédula, aunque sobre ello perdiese la vida. Habia estado don Pedro oyendo esta plática encubierto y ya en diferente hábito que el que traía, con un vestido muy lucido y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta razon de Leopoldo, sin aguardar á mas, se entró donde estaba, y le dijo: Señor Leopoldo, vos miraréis mejor lo que decís, advirtiéndole en la calidad de la que despreciais, pues con ella os iguala en sangre; ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla si no la cumplíredes la promesa hecha: espada traigo en la cinta, y sabré con ella hacerlos que se la cumplais ó perdais la vida. Replicó á esto Leopoldo que ya tenia mirado en aquel particular lo que podía mirar, y que amenazas no le habian de forzar á hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro, y desafió á Leopoldo; la pesadumbre se iba encendiendo mas, las damas salieron á ser el remedio de todo, pusieron en medio de los dos, mandando cerrar las puertas porque no saliesen fuera. Con todo lo que habia pasado en la pesadumbre no habia reparado el Embajador en la persona de don Pedro, sino que se creyó que habia venido tras de su hermana; y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traía, le hizo desconocer; mas reparando mas en él, conoció en que el huésped que tenia como truhan era el que desafiaba á su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos de él con admiración, cayendo en lo que podía ser, le dijo: Señor, el que miras en diferente hábito es el que poco ha traía otro bien ridículo; don Pedro Osorio de Toledo es quien con donaires nos entretenia; apaciguado este disgusto, sabrás la causa que le movió á ponerse en esa forma. En nueva admiración quedó el Embajador, y no dejara de preguntar á su hija le declarase aquello, si el ver á los dos caballeros empuñadas las espadas y en

vísperas de hacer aquella sala palestra de su duelo no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones á persuadir á su sobrino que no rehusase lo que le habia de estar tan bien, pues de no lo hacer se seguian tantos pesares; y que no se fiase en él, porque vista la poca razon que tenia y la ofensa que á aquella dama hacia, habia de ser contra él, ayudando á sus contrarios, hasta hacerle casar. Y que en cuanto á su hija, se desengañase que no seria su esposa, porque ella no se hallaba obligada de él, con las pocas finezas que con ella habia hecho. Vióse Leopoldo atajado por todos caminos y en víspera de perder la vida; y así hubo de condescender con lo que su tío le decía, dando de nuevo la mano á doña Blanca y abrazando á su hermano, antes desconocido, por quien era. Entonces Margarita dijo á su padre cómo aficionado de ella don Pedro, se habia introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza, si en ello tenia gusto; mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro á ver cumplido su deseo. Las bodas de los dos fueron de allí á quince dias, en que asistió lo noble de la corte; hizose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El Rey honró á estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas.

A todos los oyentes dió gusto la novela de Garceran, que así se llamaba el que la refirió, divirtiéndose asimismo Rufina, que desde su aposento la habia escuchado. Hacia el ermitaño Crispin gran confianza de ella; y así no excusó que se tratase aquella noche de muchos designios que tenian los compañeros de burlar en partes donde tenian avisos que habia hacienda; algunos hurtos reprobó Crispin con su autoridad y experiencia, y otros reprobó por los inconvenientes que allí les propuso; era el norte de aquella compañía; y así, ninguno excedía de lo que él ordenaba. Era hora de recogerse, y por aquella noche no se hizo particion de lo hurtado, divirtiéndolo para mejor ocasion, quedando en depósito del ermitaño, que con fidelidad lo guardaba. Recogidos los compañeros, Crispin no lo quiso hacer hasta verse con Rufina y darle las buenas noches; hallóla mas gustosa que hasta allí habia estado, con que se holgó mucho; preguntóla que qué la habia parecido la novela. Díjole que muy bien y que con oír muchas como ella divirtiera su melancolía. No la tengais, dueño mío, se atrevió á decirle el falso hipocriton, que muchos divertimientos de estos habeis de tener y aun medras en esta casa, si lo esquivo moderais. Parecióle á Rufina que era tiempo ya de dejar severidades y tristezas á un lado, y desde aquella noche comenzó á hacer mejor rostro al hipócrita, por llevar á efecto el asalto que le pensaba dar. Con esto se fué Crispin á dormir, llevando grande confianza que aquella roca se habia de rendir poco á poco, pues lo mas estaba hecho, que era echar á un lado la santimonia y quitádose la máscara.

## CAPITULO XV.

Rufina da á Crispin un narcótico; durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Málaga; avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones, y sale con Garay para Toledo; escápase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.

El dia siguiente, antes de salir la aurora, ya los oficiales de la garra habian dejado la ermita, yéndose á buscar la vida á costa de pacientes; Crispin habia de ir á la ciudad á pedir la limosna ordinaria, y despidióse de Rufina; ella le encargó hiciese diligencia de saber si su hermano estaba en Málaga, dándole las señas de su rostro y talle, bien diferentes del rostro de Garay; dejóla cerrada el hermano, cosa que á ella se le dió poco, porque desde Córdoba traía hechas llaves maestras, forjadas contra el robado genovés. Quedóse sola en la ermita; ya estaban de concierto ella y Garay que en viendo en Málaga al hermano Crispin, él se viniese á la ermita; así lo hizo, viniendo en uno de los dos cuartagos; fuéle abierta la puerta por Rufina, y en breve espacio le dió cuenta del trato del ermitaño, de su afición y cómo tenia en aquella ermita tanto dinero junto, hurtado en buena guerra.

Deseaba Rufina engañar á Crispin de modo que en lo que tocaba á moneda no le quedase un dinero solo; y así previno á Garay que luego volviese á la ciudad y le buscase unos polvos conficionados de modo que infundiesen sueño, que estos prevenia para la burla que le pensaba hacer; y que desde aquella noche no se le pasase ninguna sin dormir con su cuartago cerca de la ermita, en una parte que le señaló desde una ventana que sojuzgaba toda aquella campaña. Con esta advertencia Garay volvió por la posta á Málaga, y le trajo los polvos en breve tiempo, sin que hubiese venido Crispin, porque todo el dia ocupaba en juntar la limosna, y hasta cerca de anochecer no volvia á la ermita. Volvió pues, siendo alegremente recibido de Rufina con muchas caricias, que fueron para él grandes lisonjas, hallándose cada punto mas enamorado de la moza; mostróle lo que habia juntado de la limosna, dado de buena voluntad, y sin esto algunas cosas que él pudo agarrar, sin verlo sus dueños, como eran dos jarros de plata y una gargantilla de perlas: descuido de quien las dejó á mal recaudo, sin temer las malas manos de Crispin; la gargantilla dió luego á Rufina, haciéndosela poner, con que le dijo muchos requiebros. Ella le agradeció el presente, con que aquella noche cenaron amigablemente, haciendo la sobremesa un apuntamiento acerca de sus amores; no tuvo muy en contra la respuesta, con que libró su dicha en promesas de futuro, que esperaba ver presto cumplidas.

Estaba concertado entre los ladrones hacer capítulo la noche siguiente, y rehusábalo Crispin todo lo que podia, porque no se hiciese, porque lo hurtado se habia hecho carne y sangre en él; y así no quisiera que vinieran, aunque se previno de una traza, que fué luego que llegaron decirles que no parasen allí, porque tenia

aviso de la ciudad que la justicia andaba cuidadosa de buscar á un homicida, y que en caso de traicion no valian los sagrados á los delincuentes; que se temia no viniesen á su ermita, donde fuesen conocidos algunos de ellos, que los buscaba la justicia. En gente de este porte siempre es creible cualquier novela de este género, y así creyeron á su caudillo y se fueron de la ermita, con que nuestro Crispin quedó á solas en ella con su dama, la cual le habia prometido favorecerle aquella noche, con que estaba loco de contento, no viendo ya la hora de verse favorecido de aquella hermosura. Llegóse la hora de cenar y tenian bien con que hacerlo, porque Crispin habia traído el dia antes mucha caza de volatería, y la tenia para la cena prevenida, con muy gentil vino, de lo mejor que habia en Málaga, de que estaba llena una bota. Aderezada la cena con ayuda de Rufina, que en esto se mostró solícita, se puso la mesa y comenzaron los dos á cenar gustosamente; los brándis se menudeaban, advertida la hembra de gobernar la taza con tal cautela, que Crispin siempre bebió vino que estaba misturado con aquellos polvos que infundian sueño; bebió el hermano espléndidamente, rematándose con el postrero brándis la cena, á que se le siguió luego un pesado sueño, tan grande, que Rufina hizo experiencias de él, procurando despertarle con tirarle de las orejas y narices, y era como si tirara de un cuerpo sin sentido y muerto; con esta seguridad bajó á la bóveda, y de unas arcas que en ella habia sacó cuanta moneda ocultaban, que no era poca; esta puso en unos talegos muy liados con cordeles, y los acomodó en unas bizazas de cuero, en que parte de aquel dinero habia sido hurtado á un tratante de ganado mayor y obligado de una carnicería.

Hecho esto, Rufina salió al campo, y con una seña que hizo acudió Garay á la ermita con brevedad; díjole Rufina en el estado que estaban las cosas; cargaron con el dinero, y las alhajas se dejaron, con no poco sentimiento de los dos, mas á su razon de estado importaba esto para no ser conocidos por alguna de aquellas piezas y malograr con esto su diligencia. En breve acomodaron la moneda en el cuartago, y los dos se pusieron á caballo, yéndose á Málaga, no poco ufanos de habérsela pegado al mayor ladron de toda la Europa tan á su salvo. Llegaron á Málaga, y en la posada de Garay se aposentaron, estando Rufina oculta de los huéspedes aquella noche y esotro dia. Sabia Rufina cuándo estaban determinados de tener junta los ladrones con su jefe Crispin, que era para de allí á cuatro dias, y previno lo que se dirá adelante, que me llama Crispin, á quien dejamos dormido.

Pasó toda la noche durmiendo cerca de la mesa en que habia cenado, y ya bien entrado el dia, despertó, no sabiendo lo que habia pasado aquella noche; llamó á Rufina, acordándose que por su mucho sueño habia perdido la ocasion que habia deseado, de que no poco se lastimaba; repitió con voces el nombre de la astuta moza, mas fueron en balde; buscóla por toda la casa, la iglesia y bóveda, y no hallándola, salió al campo á bus-